

Grilletes y cerrojos que atenazan al Ecuador

51

La mañana del 17 de marzo, tomé mi bloc de notas, un lápiz y la mochila vieja. Empecé un viaje con mi amigo Xavier, desde Quito hacia el territorio oriental del país, precisamente la provincia de Pastaza, para aprender sobre nuevas realidades, circunstancias, contextos, cosmovisiones, desconocidas para las grandes ciudades y sus habitantes.

Mientras bajábamos las montañas e ingresábamos al clima caluroso, se observaban las ciudades, pueblos y comunidades al borde de la carretera que acogen a los visitan-

tes, comerciantes y oriundos. Además, se divisaba el color verde de la vegetación que cubre ambos lados del camino, árboles enormes que provocan mirar al cielo, los sonidos de los pájaros, que huyen de un lugar a otro por culpa de los autos que recorren a toda velocidad.

El sol cae, el tiempo recorre sin tregua y la ruta es más hostil. El asfalto ha desaparecido, solo hay caminos vecinales de tierra y piedras que dificultan el acceso. El objetivo es llegar al río Curaray, navegarlo mientras se visitan a las

Grilletes y cerrojos que atenazan al Ecuador

comunidades que se encuentran a su alrededor.

Conimpare es la comunidad donde se planeó contratar la canoa para bajar por el río. Sin embargo, existió un problema: la temporada climática tomó protagonismo, las bajas lluvias y el calor extremo provocó que no haya suficiente caudal para navegar. Tacuri Sánchez afirmó que las bajas lluvias, por más de un mes, hacen imposible viajar por el río, por lo tanto, hay que esperar que por la noche llueva y ver si se puede navegar.

Ricardo Landa, un hombre de baja estatura, piel quemada por el sol, descalzo y con voz chillona, apa-

reció por el camino. Tenía cinco hijos, de los cuales tres estaban enfermos de gripe y pedía ayuda o alguna medicina.

-Tienen que ir a la Shell nuevamente y tomar un avión hasta Jaime Roldós-, dijo Ricardo con un dejo de confianza y recomendó que enviemos todo el equipaje en la canoa. David Toka y David Iki (canoeros) se desplazarían hasta Jaime Roldós por el río y llegarían en dos o tres días con las cosas. La noche llegó mientras pensábamos qué hacer. La idea era viajar río abajo, pero la naturaleza no lo permitía. Inesperadamente llovió fuerte y eso nos dio una esperanza. Sin embargo, pensamos



¿qué tanto debe llover para que se pueda navegar? Esperábamos que el día se acabe. El calor aumentaba y los insectos hacían de las suyas en el cuerpo.

Silvia Apunte, de 36 años, con tres hijos, de mediana estatura, piel canela, manos surcadas por el trabajo en el campo, nos dio posada. Recibió chicha de chonta, bebida extraída de un fruto proveniente de una palmera alta que se da en las zonas calurosas del Ecuador, alimento tradicional de las poblaciones indígenas orientales.

-Acá, la cosa está dura, no hay qué comer. Los productos no llegan. Los niños se enferman y no hay donde llevarlos-, dice Silvia. La realidad que fuimos a buscar estuvo ahí, en las narices, el problema de desplazarnos por el río hizo que ignoremos dónde estábamos.

Conimpare, comunidad Woarani en la provincia de Pastaza, no aparece en el mapa (físico o digital) del Ecuador, como las muchas comunidades que se encuentran por ahí, pero ese no es un problema para la población. Hay una realidad que sucede en esta co-

=====

Expreso móvil

munidad y particularmente sobre los habitantes más vulnerables, los niños y niñas. Muchas parejas se forman en esta comunidad. Al no decidir si tener un hijo o varios, esto se vuelve un problema porque los niños y niñas son abandonados o cargo de un familiar.

-Los hijos e hijas propias se vuelven celosos de sus padres porque los que no lo son asumen la posición de hijos y hay conflictos-, anunció Silvia Apunte. Muchos niños andan desnudos por sus casas porque no tienen qué vestir pues no hay un ingreso fijo en las familias. Las peleas entre los infantes son constantes.

De acuerdo con Silvia, este suceso pasa hace varios años, los padres se van a otras ciudades a buscar algún ingreso económico y, según ellos, no les queda otra opción que dejarlos con familiares o totalmente solos. Los niños que quedan solos pasan de casa en casa de los comuneros, donde tienen comida y albergue que no es definitivo.

-Estos niños se han convertido en visitantes diarios de su propia comunidad y en muchos casos, visi-



tantes incómodos-, comenta Silvia. Asumir que fueron abandonados por sus padres y madres es algo que recuerdan de manera cruel y molesta a la hora del juego diario al borde del río o en cualquier casa.

-No la toques ni le digas nada, no es tu mamá-, sentenció Estefanía Nequimo a Jorge, su primo abandonado de 5 años.

Es 19 de marzo y llegamos a la parroquia de Shell, tomamos una avioneta que nos dejó en la comunidad de Jaime Roldós, después de treinta minutos de vuelo. Observamos la selva desde el cielo, aquellos pulmones verdes que cu-

bren la tierra de donde salen los ríos como serpientes salvajes color marrón, donde viven los peces que dan de comer a la gente.

El ruido estrepitoso de la avioneta provoca que las personas que viven en Jaime Roldós salgan al encuentro a buscar las encomiendas que vienen desde la ciudad y que, en la mayoría de los casos, son víveres que no se hallan en la selva. Al borde del río se encontraba una canoa que nos llevaría a la siguiente comunidad, San José. San José, comunidad kichua de 200 habitantes, donde las mujeres se encargan de los quehaceres domésticos, el cuidado de los ani-

males de granja y la preparación de alimentos mientras los hombres se encargan del trabajo agrícola, la pesca, la navegación y la cacería. La comunidad de San José se dividió. Hace seis años, se fundó Nuevo San José, esto se realizó porque la colectividad creció en número de habitantes, por lo tanto, las nuevas generaciones buscaban su espacio y tierra para criar a sus hijos, construir casas y sembrar cultivos. San José y Nuevo San José están separados por el río Curaray, para visitarse, hace falta una canoa o pasar por un puente creado por sus propios habitantes.

-Aquí en la comunidad no hace falta la comida, pero sí faltan ciertos artículos que no se dan, por ejemplo, sal, fósforos, gas-, mencionó Ricardo Tandaso, uno de los dirigentes de la comunidad de San José. En estas comunidades los víveres que no da la tierra, la crianza o la pesca, llegan de fuera. Sin embargo, estos productos en este sector tienen un precio exorbitante. Por ejemplo, una gaseosa de 250 ml cuesta un dólar, la de un litro cuesta tres, las cervezas cuestan 5 dólares, los snacks cuestan

de 3 dólares en adelante, las pastas para sopa o para plato principal cuestan 5 dólares, precios que se triplican si se comparan con otras ciudades. Estos productos se comercializan a esos precios porque la demanda es alta, hay que esperar meses para adquirirlos.

-Los productos que más se requieren en la zona son la sal, combustible y fósforos. Si usted tiene combustible, usted puede hacer lo que quiera, aquí no manda el dinero sino el que tiene combustible, sin este no podemos movilizarnos, llevar ni traer cosas que necesitamos-, sentenció Lino Inmunda, comunero que con su guitarra vieja, alegra la conversación.

La gasolina es indispensable para la zona porque el único medio por donde se movilizan las personas es por el río, además, la mayoría de canoas utilizan motor y requieren gasolina. Pero la necesidad fundamental es la luz eléctrica, esta funciona con base en generadores que requieren combustible para su operación. Cada noche se precisan 2 galones de gasolina, sin esto, los habitantes no pueden realizar sus actividades nocturnas



por la falta de combustible, además, es difícil el acceso y el ingreso de la gasolina a la selva.

Por su parte, la sal yodada tiene una importancia fundamental. De acuerdo a una publicación del 2014 de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la sal mantiene el equilibrio de líquidos que se pierde al evacuar por la orina o, por el sudor o al comer. Regula el ritmo del corazón, evita la osteoporosis, el exceso de salivación, mantiene el equilibrio de la azúcar, estimula a la glándulas suprarrenales, que tienen una función importante en el metabolismo. Las necesidades mínimas de la sal, anunciadas por el organismo de salud,

es de 7, 5 gramos diarios para los adultos y la mitad para los niños y niñas. La sal no llega por meses a estas regiones, por la dificultad que existe en acceso a la zona. Por todas esas razones, es tan necesaria y valorada la sal. La pregunta obligatoria a quienes llegan a la selva es “¿tienen sal?”, “¿trajeron sal, por si acaso?” o “¿me pueden regalar sal?”.

El 21 de marzo llegamos a Jesús Kocha, donde navegamos por la noche iluminados por la luz de la luna llena, y su reflejo en el agua que salpicaba por la fuerza del motor. Habíamos 5 ocupantes, entre ellos una niña, Josefina, que posaba para mi cámara mientras



me contaba su corta vida en la comunidad. Iki, el motorista, David Toka, el puntero de la canoa, Xavier y los demás tomaban Tiname o veinticinco (alcohol puro de caña) para llegar a la casa de Jorge Vargas, quien nos prestaría una canoa más grande para bajar a la última comunidad por conocer, Loracachi. Además tenía una historia trágica que contar que inmiscuía a habitantes Taromenanes.

-Dos días antes de bajar por el río, a mi padre le dijeron que no vaya, pero él dijo no pasa nada. Ellos (Taromenanes) no van hacer nada-, destacó Jorge Vargas. Nos servía una taza de chicha de yuca. El padre de Jorge Vargas, a quien lo denominaban Varguitas, emprendió el viaje a una isla a dos horas de distancia de su casa con su hijo y su mujer para pescar. Hace varios días del viaje de Varguitas, la población obtuvo la noticia de que Taromenanes andaban por la zona y que tengan cuidado. La pesca de la familia Vargas iba bien, habían conseguido los pesados que querían. A las 14:00, Jorge Vargas, que en ese tiempo tenía 10 años, fue al bosque de la parte oeste de la isla. A las 14:30,

=====

Expreso móvil

sin previo aviso y sin darse cuenta, los Taromenanes salieron de los árboles por la parte este y clavaron 24 lanzas en el cuerpo de Varguitas y 10 en el cuerpo de su esposa. Juntos yacían muertos a la orilla del río. A las 14:45, regresa Jorge y observa los cuerpos de sus padres muertos. El niño Jorge Vargas permaneció con sus padres por dos días enteros hasta que llegaron al rescate sus vecinos, que les pareció raro la ausencia de sus amigos.

Cuando Jorge Vargas tenía 18 años logró recuperar, por un amigo en la policía, una de las lanzas que mataron a su padre. Ahora esa lanza se encuentra empolvándose en un rincón de su casa, la cual saca cuando cuenta su historia a manera de trofeo.

Llegamos el 23 de marzo a Loracachi a la 15:00. La población en esos momentos se encontraba en minga, eso quiere decir que dos días consecutivos, después de la culminación de la minga, se beberá Tiname y chicha de yuca, día y noche, para agradecer la cooperación de todos los habitantes y a la madre tierra.



El 26 de marzo, nos levantamos con los estragos de la celebración, desayunamos chicha de yuca y un caldo de gallina, preparado a leña, que la señora Gladys Nequimo nos brindó en su casa. Era día de escuela, los niños llevaban sus libros en fundas plásticas o en mochilas rotas, botas de caucho, sus caras lavadas.

La educación en Loracachi, así como, en Conimpare, Jaime Roldós, San José, Nuevo San José y Jesús Kocha, está dispuesta desde lo formal. Instituciones unidocentes que funcionan un día sí otro no, problemas con el número de profesores, la lluvia, herramientas, espacio, entre otras.

=====

Expreso móvil

-Es chistoso, nos enseñan las siete maravillas del mundo o inventos nuevos, cosas que no necesitamos en Lorachachi, necesitamos que nos enseñen cosas respecto a la agricultura, la pesca y la crianza de animales. Mejorar en esos aspectos, no tonterías-, comentó indignado Estaban Malaver, padre de familia y pescador de la zona. Los moradores de estas comunidades creen en la educación como un accesorio, pues manifiestan que no existe algo continuo dentro de la educación que se imparte. Los niños y niñas siguen la escuela pero no hay colegio, otros con suerte acaban el colegio y se preguntan qué sigue. La universidad está lejos de

sus alcances, económicos, sociales y culturales.

-Los niños y niñas van a la escuela para aprender a obedecer, a portarse bien, lo poco que aprenden es a realizar las operaciones básicas, pero dígame usted, ¿ha visto una biblioteca en algún lugar que visitó desde arriba? Con eso le digo todo compa-, sentenció Roberto Tacuri, pescador de la comunidad de Loracachi. Las comunidades aseguran que no existe apoyo por parte de las autoridades competentes para que los niños y niñas tengan otras posibilidades en sus vidas.

Llegó 28 de marzo. Cruzamos la selva desde el cielo de regreso. Ya no la vimos con los mismos ojos ni con el mismo sentimiento. Los pasajeros de la avioneta iban dormidos, conocían el lugar de memoria y no les importaba. Xavier y yo íbamos inquietos y con muchas dudas. Tomé la cámara, mientras veía las fotos y recordaba lo que me impresionó, me devolví a la ventana para mirar a ese millón de árboles bañados por su río. Tenía una idea muy vaga de dónde estaba todo. No había que preocuparse por aquel futuro indomable. Estaba a la vuelta de la esquina.

* **Christian Navarrete Tapia.** Graduado en la Universidad Central del Ecuador como Comunicador Social en el énfasis de Edu-Comunicación Arte y Cultura. Escritor, publiqué en el 2011 el poemario, Cuando el cuento empezó, en el 2013, publiqué A la orilla de la acera, libro de poemas, en el 2015, otro poemario, Observador si influencias. Fotógrafo, en el 2013 gané el concurso "Construyendo el buen Vivir" creado por la Cooperativa Desarrollo de los Pueblos CODESARROLLO. En el 2014, coloqué mis fotografías en la exposición "Con rostro de mujer Londres" generado por el Movimiento Ecuador en Reino Unido (MERU) en Londres, Reino-Unido. En el 2015, director de la Cooperativa Comunicacional Barba Azul Cartonera.